ALTISONANCIAS CREPUSCULARES

Khar Asbeel

ALTISONANCIAS CREPUSCULARES

Khar Asbeel



VÓRTICE

Crepúsculos enardecidos
en eriales de podredumbre.

Sueños fríos, decapitados.

Un acre destino
marchita el último árbol.

No hay perdón
para la mano suicida
ni la madre desertora.

Somos apóstrofe sorda
sobre calvarios desleídos.

Entregamos los ojos a la espina
y los pies a los clavos.

Hay mucha noche
en nuestro sendero profano
del que huyen los horizontes.

Carne y polvo son lo mismo
en manos de ángeles.

Vientos ásperos entre las nieblas.

Nos embriagamos de sombras
en el vórtice del suicidio.

Claudicamos con ardor.



SUSPENSO

El sol se desmorona
sobre calles infinitas.

Hay un suspenso terrible
abrumando las venas,
que nos petrifica
en un minuto angustioso.

¿Algún día veremos caer
al ángel más colérico?

Crepúsculos frágiles.

Las sombras van entramando
demencias inquisitoriales.

La última luz fenece
entre las ramas agudas.

Todo es silencio y espera.

El cielo es pliego mortuorio
para nuestra necrópolis concreta
donde las almas naufragan

en raudales de miseria.

¿Dónde se halla la luna amarga
que rasgaba la tiniebla?

Huérfanos de claridades,
somos ciegos enardecidos
perdidos en dédalos de cal,
extendiendo manos leprosas
que agitan el vacío.

La piel del ángel fallido
es herencia de gusanos.

¿En qué ángulo fúnebre
se nos perdió la luna?

Se cierra el último claustro
para los felizmente malditos.

Somos frutos pútridos
en este blasfemo edén.

SINO

Soy el bastardo frío
que bebe amaneceres
en tazas sucias.

En mis manos el temblor
de noches inconclusas
y soles esquivos.

Me visto de crepúsculo
para huir del juicio
de mi carne raída.

Hay un terror oculto
entre sangre y piel,
herencia de dioses muertos

Hundo mi dedo en la ceniza
para conocer mi sino
de quebranto y negación.

La noche llega silente
con ecos dispersos
en horizontes feroces.

Soy la memoria obtusa

de un tránsito inútil

sobre páramos de iniquidad.



HUECOS

Enjugo mi tristeza
con luz crepuscular.

Rememoro heridas lejanas
con frialdad homicida.

Necesito más tiempo
para descifrar el arcano
de mi carne difusa
infestada de vientos.

Soy derrumbe de piedras
que nadie escucha.

Me despliego en mil aristas
hiriendo la lejanía.

Retumba de silencio
la comba endurecida.

Las sombras se extienden
hasta los ángulos más sólidos,
trasmutando toda esencia
en ecos de orfandad negra.

Y el viento sigue gimiendo
entre los huecos de la carne.

Horizontes ensangrentados
por soles suicidas.

No hay tiempo ya
para mi urgencia terminal.

TRANSFIGURACIÓN

La luz se disuelve
en reverberaciones azules,
llenando de transparencias
calles y viandantes.

Me siento seguro,
en una paz líquida.

Camino abrazado por el viento,
dejándome transportar
como una nube displicente.

Llego hasta un rincón silente
ajeno a rostros y pasos.

En lo alto, la luna gira
entre florestas de estrellas.

El viento, ahora sosiego,
se adormece a mis pies.

Hay santidad en el silencio.

Aspiro en plenitud

esta exuberancia de claridades
sintiendo con fuerza
el galopar de mi sangre.

Todo se torna azul
desde su más íntima dureza,
en dulce alquimia cósmica
de unción beatifica.

Pero nadie más lo nota
en esta jauría de quimeras.

Yo me entrego a la transfiguración
hasta que mi carne sea brazas.

Y me voy, argénteo,
a gravitar entre catervas de astros.

CLAUSURA

La habitación se perpetúa
en horizontes angulares.

Tras la ventana,
confusión geométrica
eclipsando al sol.

(Muda rabia de concreto)

Una tristeza encenagada
arraiga mis pies
a esta clausura estólida.

En las sombras de los gatos
desciframos nuestros nombres.

Vivimos en la danza ciega
de la locura fraternal.

En nuestras lindes rígidas
de hierro y cristal
aprendemos a negar el cielo.

Y en este cuarto negro

mi sombra baila

al compás de la soga.



CONGOJA

Crepúsculos exhaustos
levantan catedrales de tedio
sobre piedras rotas
y tierras enrojecidas,
legado de soles suicidas.

Rostros de gris abandono
sobre los muros ensangrentados
en esta ciudad, triste hidra
de cabezas petrificadas
en gritos de sordas urgencias.

Un tiempo ajeno al sol
donde lavamos las culpas
en el ojo muerto del Olvido,
amortajado de impotencia
y noches de congoja eternizada.

ESTIGMA

Tempestad silente
sobre dogmas quebradizos.

Espasmos de furia y sal
en conciencias leprosas.

Se estigmatiza el ojo de la ceguera.

Un vendaval astringente
de almas cercenadas
por el filo de la luna.

¿Arderá de nuevo el viejo río?

¡Florece bermeja la flor de la madrugada!

El estruendo del nuevo génesis
aturde hasta las manos de Dios.

Renacemos en luz y sangre
lejos de la herida del Edén.

Vemos arder el río
desde la orilla Estigia.

Y la madrugada regurgita el sol
sobre praderas intensas.

¡Y ahora todos somos dioses
en nuestros jardines amurallados!

¿Hasta cuándo durara
el triunfo de nuestra carne?

Dios ciego abre sobre su pecho
un nuevo estigma ardiente.

ANOCHECER

Un fuego nuevo
en la cumbre más alta.

Se enciende la pupila
de la primera estrella.

El aire es nítido sobre el sendero.

El crepúsculo avanza
con suavidad pubescente.

Las aves buscan un rincón
donde anidar su sueño.

Sobre la cumbre
danza un astro ámbar.

Anochece con pudor.

GATA

Salta el sigilo
teñido de sombra.

Pasos sin eco
traspasan el fárrago
del tejado oscurecido.

Bajo la esfera lunar,
ojos de braza cetrina
espían entre hombres,
sueños y almas.

Hay en su relumbre
grandeza de reina exiliada.

Hay en su marcha
misticismo de dioses viejos.

Cuenta una por una las estrellas
conociéndolas a todas por su nombre,
bebiendo de su luz estremecida.

Y, aun así, condescendiente
me halaga la mano con su roce

y duerme

-fiera mansa-

como agua quieta,

a mi lado, en mi cama.



AÑORANZAS

Las calles se visten de tristeza
en horas inamovibles.

Esta lluvia es sosegada
sinfonía de añoranzas.

Las sombras huyen a los portales
junto a los sueños desechados.

Yo me embriago de memorias
fenecidas en la tardanza.

El crepúsculo es braza fiera
sobre las techumbres silenciadas.

En soledad, siento el rumor
de mi sangre resignada.

EXPECTACIÓN

Cuento una por una
las viejas grietas
de los muros gélidos
que circundan la dureza
de mi expectación.

Los días se desploman
en el lago neblinoso
del olvido profano.

En el filo crepuscular
se acuna el temblor desnudo
de la verdad más dolorosa.

Apenas puedo encontrarme
en la sombra difusa
que aprisiona el muro
y lucha por evadirse,
harta de trazar mi contorno.

Este régimen de noches
que nunca inician
es germen de vesania.

Sol y luna en el ocaso,
sin caer en retos agudos,
giran en soliloquios,
extendiendo la negra
danza de las horas.

Caigo en el juego necio
de buscar mi sino
en estrellas muertas.



OSCILACIÓN

El aire se desgrana
en gotas de tiempo
cristalizado,
transparente.

La simetría del péndulo
nunca se detiene.

En la cúspide más aguda
todo se torna posible.

El cielo es llanura de espejismos.

Mi carne se vacía.
Mi carne se torna luz.

El tiempo, ahora esférico,
miente a todos,
girando sin término.

El aire es racimo
de horas calcificadas,
hirientes,
esquivas.

Me visto de sol

para no desvanecerme.



FATUO

Oscilante
fuego fatuo
entre los árboles
del suicidio.

Transpiramos
un miedo añejo,
inveterado.

La sombra nos pesa
en la vejez de los huesos.

Tanto crepúsculo
agota la piel más fiera.

Ánimas prófugas
embarulladas
entre raíces
de negra sequía.

Oscilante
un nuevo cuerpo
iluminado
por fuego

de azul engaño.

Respiramos
aires de óbitos
íntimos y reticentes.



CALLES

En calles taciturnas
extravié mi sombra
entre el hambre de los perros
y el descaro de los mendigos.
Camine hasta sentir
la luna sobre los hombros
y el sabor de un viento
de acritud maternal.
Y no regrese al punto
donde cambie mi piel
por nuevos barros
que me ungieron
con una muerte gozosa
en un edén calcinado
por humo de Sodoma.
Ahora soy uno y más
con ciudad y calles
pintando cada crepúsculo
con el rencor de mi sangre.

NÁYADES

Una gota

cae

en el lago

nocturno

Solamente

silencio

en las ondas

Las Náyades

duermen

desnudas

húmedas

de

menstruación

lunar

El crepúsculo

nace

entre

sus pechos

vestales

FUEGO

Hay un fuego incierto
hospedado en tus ojos,
un ansia nueva
con lejanía intima.

Me estremezco ante ti,
como ante una fiera,
sintiéndote transfigurada
en algo puro, intangible.

¡Eres receptora de luz,
traslúcida madre de astros!

Con el alba te alzas
hacia horizontes irisados,
entre clamor de pájaros
y pliegues solares.

¡Te me pierdes en ese fuego
que perfila la inclemencia
de las estrellas!

MARTIRIO

Ahora cae
el último pétalo
del rencor carmesí.

El día hierve
de crepúsculos afilados,
quemando
hasta la sequedad
de las cenizas.

Tengo miedo
a retornar
al abismo de tus ojos.

Florecen
nuevas llamas
de rojo martirio.

Ahora estoy
crucificado
en el níveo patíbulo
de tus brazos.

BENDICIÓN

Sobre vientos radiantes te despliegas,
infinita en tu perfección lejana,
mojando una a una las estrellas
en el negro arroyo de tu cabellera.

Eres sueño ligero en praderas azules,
hermanada con la santidad del sol
y la osadía salvaje del mar eterno,
lejos de aristas y detrimentos.

De crepúsculo te vistes, diosa verde,
para bendecir mi estrechez con tu pureza,
haciéndome partícipe de tu gozo
y quemando mi piel con tu ósculo.

Ahora te aguardo en mis sueños
donde con paso lunar te deslizas
hasta llenarme de tu luz ideal
para renacer con el alba y su entereza.

ETERNIDADES

Undívago sobre fluorescencias,
mi cuerpo permuta en canto alígero
evanescente
sobre nubes de arcenes dorados
y silencios
áureos

Miro en horizontes espirales
y océanos de verdor sublime
cayendo
hacia cielos comprimidos
entre soles
helados.

Eternidades
intrínsecas
desdoblándose en esferas
de iridiscencias esterales
rodando
en la quietud
de mis manos
enmudecidas.

MIGRACIÓN

Las piedras murmuran
        muertas de tedio
en las llanuras anegadas de sol
donde las sombras se refugian
bajo la somnolencia de los árboles.

Yo sigo el camino
que las tolvaneras me marcan,
                exiliando mis pasos
de los fárragos de cal y acero
donde los vientos fenecen.

Me empapo del crepúsculo
                curvo y fraterno
desnudando mi endeblez
sobre la tierra ponderada
y los huesos de los tiempos.

Lejos, las luces florecen
        en helor espurio
en trenas sin cerrojos,
mientras yo me disperso
en migración de aves diáfanas.

DISLATE

Caigo en delirios quietos
atenazados por lapsos de duro raigambre
a un tiempo de estatismo suicida
donde mis ojos fluctúan
entre orbes de negra exasperación
que me transportan
a un cosmos desleído
de constelaciones de mórbida monotonía.

SIMETRÍA

Astros fluctuantes
arrebatan la sombra
de nuestras insidias
hacia sesgos de nulidad
y feroces simetrías
de caos alabeado.

Es espirales calcinantes
nos desvanecemos
sin ocasión de retorno.

Ensordece el derrumbe
de las últimas estrellas.

Bajo la inclemencia eónica
nos petrificamos
en una génesis expectante.

UNCIÓN

Y he de mirar de nuevo
en los espacios tenues
y las sangres vacías
ese signo esquivo,
                itinerante,
que florece y fenece
                en un guiño,
pero trae epifanías lucidas
envueltas en retazos
de nubes rojas.
Y en la piel arden profecías,
un canto nuevo
en vaivén de braza,
ungiendo de martirio
                todo pecado.
Pero al final no hay remisión
ni para la sangre
                el grito
                el barro
                el tiempo
                el miedo
                el suicidio
y capitulamos, jactanciosos
para trastorno

de nuestra sombra enfurecida
olvidando la cláusula
de nuestra caducidad adánica.



SUEÑO

Un sueño cae
sobre astros líquidos
vistiéndose
de luna inconsútil.

Ardentías siderales
se deslizan por ángulos
de aristas finiseculares.

Declina el tiempo
sobre arrebatos crepusculares.

En silencios fastuosos
desciframos el coloquio
de seres inmensos.

Venus es manjar
de quimeras comburentes.

El sueño se oculta
entre constelaciones atildadas
vistiéndose
enmascarándose
de eclipse sedentario.

Hay un espasmo
en los pliegues de las horas.

El nuevo despertar
nos recuerda el dolor de la carne.



ALTISONANCIA

Gritos
en espesuras negras
implorando
la maternidad
del alba.

Un renacer neoplásico
en herencia
de túmulos enfebrecidos.

Somos nuestro
patíbulo particular.

Llantos
sin contorno
retruenan
en la altisonancia
del crepúsculo.

RETORNO

Horizontes rotos
resonando en cada hemisferio.

Un cielo agrietado
arropa la huida de la humanidad
hacia el edén prometido,
pero el camino se ha desvanecido
bajo aleteos seráficos.

¡Que suene la séptima trompeta
para ensordecer los clamores!

Se oscurece la faz de Dios
con el postrer crepúsculo,
mientras el mar entrega
su herencia de muertos.

¿No hay nada que recordar
cuando volvamos al barro?

ARCANO

Silencios
eclipsados
húmedos de tiempos
suicidas
en lejanías intrascendentes
esperando
el momento de su epifanía
para descifrar
el arcano terrible
de la mortalidad
que emponzoña
cada respiro
dentro
de las líneas desdibujadas
de nuestra
realidad
ensangrentada.

FLUJO

Te miro, te respiro ahora,
mientras te desnudas ante la luna
robándole resplandores
y su majestad de reina eterna.

Lubrica, intensa,
lates en la noche como una promesa
de dioses impúdicos
beodos de rojas bacanales.

Te tomo ahora, húmeda y salvaje,
sobre la hierba austera,
penetrando en tu espesura
aromada de misterios.

Nos sumergimos en flujos astrales
para conocer el vaivén cósmico
antes de desvanecernos
con el advenimiento del primer albor.

¡QUÉ TRISTE!

¡Qué triste reluce la plaza
con sus perros flacos, silentes
y sus ancianos ennegrecidos!

¡Qué triste resuena la calle
con su babel de motores
y madres enloquecidas!

¡Qué triste fenece el día
entre los edificios feroces
y las últimas palomas!

¡Qué triste llega el crepúsculo
sobre la ciudad colérica
y su plétora de paranoias!

HERENCIA

Herencia de tierra vieja
sobre manos ensangrentadas
por frutos nuevos.

Una elegía resuena
entre árboles petrificados.
¿Es lamento de dioses
o encumbramiento de diablos?

¡Que dura es la altisonancia
de la verticalidad celeste!

Nos movemos eclipsados,
ahumados de sombras hostiles;
es el destierro de Nod
que arde en las venas
cada crepúsculo palpitante.

¡Qué Dios juzgue
la rectitud de mi vergüenza!

Polvos de reinos examines
cubren mi piel irredenta.

SILENCIO

Arde la daga fiera
hospedándose en la carne.

Un grito rojo
reptando por tus muslos.

Tu blancura creciente
me ciega
con delirios lunares,
húmedos y cálidos.

Se silencia tu pecho
y el anhelo
se vuelve gorrión
enmudecido
entre bermejos rosales.

Te beso sin ansia
sintiendo como
se llenan de crepúsculo
tus venas frías.

FINAL

Dura melancolía
sobre los pliegues del viento.

Hay un afán recóndito
en mis manos entumecidas
por alcanzar las horas
que se disgregan
en ecos de acerba mofa.

Me agito en el ojo de la nada
buscando aferrarme
a cualquier marbete
que consolide mi existencia.

Pero el viento recapitula
el dolo de la carne,
simple vianda anticipada
para fruición de helmintos.

El crepúsculo me alcanza
con su plétora de altisonancias.

Maremágnum de sombras
entonan con desgano

cantinelas de suicidio.

Se abre la noche
como urgencia de sepulcro.

Emprendo la marcha
en busca del horizonte
que me transportara
al final de la congoja.

Persigo mi sombra
que se derrama sobre las piedras,
aunando su sorna
al de árboles caducos
que mecen los fantasmas

México

MMXXI

Esta obra fue escrita íntegramente por Juan Carlos Lozano Jiménez AKA Khar Asbeel.

ISBN: 9798201343460







Portada diseñada en: canva.com

Imágenes cortesía de: pexels.com, pixabay.com

Editor: photofunia.com